

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO XXXIV



C. S. I. C.
1994

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo XXXIV



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1994

SUMARIO

	<u>Págs.</u>
ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS	
Memoria de actividades del Instituto de Estudios Madrileños	13
Arte	
Puentes sobre el Arroyo Abroñigal, por Pilar Corella Suárez	19
Los Artífices y las Artes en Madrid en 1694, por José Manuel Cruz Valdovinos	47
La Iglesia de las Descalzas Reales de Madrid según un inventario de 1703, por José Luis Barrio Moya	79
Pedro de Ribera y la remodelación del Puente del Retamar por Matilde Verdú Ruiz	95
Lugares de recreo en el Renacimiento Español: la escena paisajística en El Pardo y Aranjuez, por Eduardo Blázquez Mateos	105
El primitivo Convento de San Pascual Bailón y la Purísima Concepción de Nuestra Señora en el Paseo de Recoletos de Madrid, por Concepción Lopezosa Aparicio	121
El Cementerio de la Sacramental de San Nicolás, por Carlos Sagar Quer	143
Jayme Marquet, un arquitecto francés en la Corte de España: nuevos datos sobre la actividad en el Real Sitio de Aranjuez, por Virginia Tovar Martín	167
Jano, dibujante de Madrid, por Luis Armenteros María	207
Geografía	
El Madrid Prehistórico fue un poblado minero, por José María Sanz García	223
Apunte geográfico-económico de los pueblos de la actual provincia de Madrid en el 1752, por Fernando Jiménez de Gregorio	241

	<u>Págs.</u>
Historia	
Hitos de la Historia de Madrid, por Ramón Ezquerro Abadía ...	271
El Concejo de Madrid y el Real de Manzanares: un modelo de conflicto territorial en la Castilla de los Reyes Católicos, por María del Carmen Cayetano Martín	279
Las prioras del Monasterio de Santo Domingo el Real de Madrid durante la Edad Media, por Manuel Montero Vallejo	293
El Colegio Imperial, fundador de una Cátedra en Arganda, por José Barros Campos	319
Problemas que plantea el asentamiento nobiliario de la Corte (ocupación, distribución y parcelación del suelo), por África Martínez Medina	337
Leonor Mascareñas, Aya de Felipe II y fundadora del Convento de los Ángeles de Madrid, por Gregorio de Andrés Mar- tínez	355
Información sumaria del proceso de don Antonio de Beaufort, por José Antonio Martínez Bara	369
El solar del Banco de España, por José del Corral	407
Estatuto del tribunal de Corte (1752), por María Pilar Domínguez Salgado	415
Madriños en América en el siglo XVIII (2.ª parte), por José Valverde Madrid	427
Notas sobre la prostitución en Madrid a comienzos del si- glo XVII, por Enrique Villalba Pérez	505
Festejos populares y manifestaciones patrióticas celebradas en Madrid con motivo de la Guerra de África (1859-1860), por Miguel Ángel López Rinconada	521
El Ayuntamiento de Madrid a finales del reinado de Fernando VII, por Pablo Baena Pinedo y Manuel Martínez Neira	543
Un jesuita madrileño en Corea, por Valentín Dorado Dell- mans, S. J.	565
Noticias que ahora cumplen centenario, por J. del C.	569
Literatura	
Alejandro Dumas, huésped de Madrid, por Luis López Jiménez ..	583
Héctor Florencio Varela en Madrid (1881-1885) aportación a la historia del americanismo en España, por Isabel Hernández Prieto	603

	<u>Págs.</u>
El dilema colonial en la prensa anarquista madrileña, por Rafael Núñez Florencio	621
Algunos datos para la biografía de Gregorio Martínez Sierra, por José Montero Padilla	643
Dos actos de confraternidad entre intelectuales madrileños y catalanes, por Ramón Ezquerro Abadía	657

ALGUNOS DATOS PARA LA BIOGRAFÍA DE GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA

Por JOSÉ MONTERO PADILLA

Gregorio Martínez Sierra nace en Madrid, en el número 7 de la calle Amor de Dios, el 6 de marzo de 1881, hijo primogénito de don Eduardo Martínez y de doña Emilia Sierra, quienes tendrían seis hijos más y dos hijas.

El padre poseía un establecimiento de instalaciones eléctricas, en la céntrica calle Mayor madrileña, que le proporcionaba los ingresos suficientes para vivir desahogadamente como familia perteneciente a la considerada clase media.

La madre le enseñará a leer y a escribir, y, muy pronto, a los cinco años de edad, acude a un colegio, el del Santo Ángel, de frailes franciscanos, que dirigía el P. Diego Suárez, erudito y hombre de letras. En la revista del colegio, denominada el *Gnomo*, dará a conocer sus primeros balbuceos literarios el futuro escritor.

Al llegar los veranos, la familia se traslada a descansar a la Granja de San Ildefonso, en la provincia de Segovia. Y en una de esas ocasiones, cuando el niño cuenta tan sólo diez años, acontece un episodio que, si meramente anecdótico, alcanza cierto valor premonitorio. El futuro comediógrafo encuentra ya su juego predilecto en el teatro. El testimonio —sugestivamente curioso— lo da una hermana del escritor:

«Veraneábamos en La Granja, y un día Gregorio nos llamó a todos los chicos. Había construido, a las espaldas de nuestro hotelito, con unas ramas de árbol y unas telas viejas que mi madre utilizaba para enfundar los baúles en los viajes, un escenario tosco que representaba, según él, una isla desierta. Era la isla adonde llegaba Robinsón después de naufragar en el mar. La obra la había sacado del relato de Defoe, y había escrito los diálogos de cada personaje —esto lo recuerdo muy bien— en los papeles de los azucarillos. A mí me dio el papel de una negra que se le aparecía en la isla y le conducía hasta el tesoro. Tuve que pintarme toda la cara con un carbón ahumado. No lo recuerdo todo; pero sí sé que el personaje malo le tocó a un chico muy simpático,

al que mi hermano no estimaba mucho porque nosotras, mi hermana y yo, lo elogiábamos siempre demasiado. Y que la novia de Robinsón era una chica feucha y desgarrada por la que mi hermano sentía una simpatía especialísima. La obra se titulaba *La isla de Robinsón*, y aun cuando todos los diálogos fueron *inventados* por mi hermano, éste no se atrevió a firmarla por un sentimiento de pudor. La representación no fue afortunada. Asistió poca gente y fallaron muchos de los efectos. El más brillante, el de una fuente que brotaba de improviso al conjuro mágico de un hechicero, se estropeó porque la cañería que pusimos estaba agujereada y el agua se escapaba antes de llegar a la escena. En esta representación, Gregorio fue autor, actor y director. Y aun cuando todo no fuese más que una chiquillada, ya se manifestaban en la autoridad con que organizaba todo, sus dotes de mando»¹.

El Bachillerato, estudios de idiomas —francés, inglés—, lecturas afanosas, un viaje a Francia y otro a Inglaterra... Llega, así, la hora de la Universidad y Gregorio Martínez Sierra comienza la carrera de Derecho, sin verdadera vocación por las Leyes, tanto que ni siquiera concluye el primer curso. Inicia después Filosofía y Letras, carrera más en consonancia, sin duda, con sus inclinaciones y gustos, pero un suspenso, en la asignatura de Historia Crítica de España, le hace desistir, definitivamente, de sus estudios universitarios («Estuve a punto de ser filósofo por obra y gracia de la Universidad de Madrid; pero me malogré en la Historia Crítica, sin duda por mi horror a las batallas»)².

Y es a sus dieciséis años cuando Martínez Sierra se inicia verdaderamente en la vida literaria. Él mismo evocaría, más tarde, su disposición anímica en aquel tiempo: «Por entonces yo tosía desafortadamente y veía la vida en gris; sin duda estaba destinado a morir joven y a vivir triste. Pero la voluntad tenaz de una mujer desvió suavemente la rueda del destino, y dejé de toser y aprendí a reír. Yo soñaba con escribir versos llenos de música y de mitología; de buena fe, veía detrás de cada árbol una hamadriada, y bajo cada gota de agua, su náyade correspondiente»³.

Tertulias, amistades literarias... Y la primera publicación: *El Poema del Trabajo*, con prólogo, denominado *Atrio*, de Jacinto Benavente, en fecha tan significativa como la de 1898; a la que seguirá en seguida *Diálogos fantásticos*

¹ En A. Goldsborough, *Imagen humana y literaria de Gregorio Martínez Sierra*. Madrid, 1965, páginas 13-14.

² En A. González Blanco, *Los Contemporáneos*, 1.ª serie, tomo II, pág. 181. Acaso un eco autobiográfico de la experiencia universitaria de Martínez Sierra hay también en un pasaje de su novela *La humilde verdad*: «...Porque para amargar la vida bastan y sobran, digo yo, la Metafísica, la Historia Crítica de España y la Literatura» (*La humilde verdad*. Obras completas. Madrid, Renacimiento, 1930, pág. 135).

³ Citado por Goldsborough, ob. cit., pág. 16.

(1899), con extenso prólogo ahora de Salvador Rueda. Y colaboraciones en revistas como *Blanco y Negro*, *Hojas selectas* —en la que ha de intervenir de manera activa e importante—...⁴

Su afición al teatro no disminuye, y muestra de ello es la presencia suya, como actor, aunque fugazmente, en algunas representaciones teatrales. Así cuando Valle-Inclán queda manco a resultas de una discusión con Manuel Bueno, y un grupo de amigos suyos —entre ellos Martínez Sierra— decide organizar unas representaciones a fin de allegar fondos con destino a la adquisición de un brazo artificial para el escritor. Fernández Almagro da puntual información sobre ello:

«Para allegar fondos que le permitiesen adquirir un brazo artificial lo más perfecto posible, los amigos de Valle-Inclán pensaron en utilizar el grupo llamado “Teatro Artístico”, del que formaban parte algunos de ellos, aficionados o profesionales. El “Teatro Artístico” ya había dado algunas representaciones en el teatro de las Delicias, en Carabanchel Alto, cuyo empresario era Antonio Vico, hijo. Una vez se puso en escena *Juan José*, interpretando los primeros papeles Julia Sala y Antonio Perrín. Otra, bajo la dirección escénica de Valle-Inclán, *La fierecilla domada*, a cargo de una actriz novicia, Concha Catalá, Benavente y Martínez Sierra. Ahora, a beneficio de Valle-Inclán, su drama en tres actos *Cenizas*. Esta función se celebró en el teatro Lara el 7 de diciembre de 1899. Se vendieron todas las localidades, pero el público no se sintió un instante conmovido ni interesado e incluso friso en burlona protesta cuando la actriz que personificaba a Octavia —predestinada a morir de tuberculosis, recién abandonado el lecho— se presentó en escena pintada con exceso de colorete y oprimida con un corsé que a duras penas reducía su natural gordura. La autoridad de Morano, que hacía de don Juan Manuel, en intervención muy breve, pero a tiempo todavía de conjurar la tormenta, por coincidir con el desenlace, evitó que el fracaso fuera total y ruidoso. Benavente y Martínez Sierra, extremando su afición, defendieron bien sus personajes: Pedro Pondal y Padre Rojas. Para completar el espectáculo se estrenó la comedia en un acto, de Benavente, *Despedida cruel*, interpretada por Josefina Blanco, el propio autor y Martínez Sierra»⁵.

⁴ Vid. Ricardo Gullón, *Relaciones amistosas y literarias entre Juan Ramón Jiménez y los Martínez Sierra*. Publicaciones de la Universidad de Puerto Rico, 1961, págs. 29-30; vid. también José Montero Padilla, «Gregorio Martínez Sierra en sus primeros libros», en *Estudios humanísticos*, 4 (1982), págs. 197-201.

⁵ Melchor Fernández Almagro, *Vida y literatura de Valle Inclán*. Madrid, Editora Nacional, 1943, págs. 68-69. Vid. asimismo José Montero Alonso, *Jacinto Benavente. Su vida y su teatro*. Madrid, 1967, págs. 127-28.

Muy joven aún, cuando tan sólo cuenta diecinueve años, se casa, el 30 de noviembre de 1900, con María de la O Lejárraga, maestra y profesora de idiomas, que había publicado poco antes un libro de narraciones: *Cuentos breves* (1899).

Este matrimonio plantea un problema delicado y de muy difícil solución: el de la colaboración entre los esposos y la parte que a cada uno corresponda en la obra dada a conocer bajo la única firma de Gregorio Martínez Sierra. Son numerosos los testimonios coincidentes en afirmar la colaboración. Así, Julio Cejador, en 1917, sostiene ya tajantemente: «Debajo del nombre de Martínez Sierra como escritor se encubren dos escritores que trabajan juntos y tan inseparables que ni ellos mismos podrían deslindar lo que a cada uno particularmente pertenece. Y esta observación no es puramente biográfica, sino que, como las más de las observaciones biográficas, explica la misma obra artística del que llamamos Martínez Sierra y que de hecho son don Gregorio Martínez Sierra, de Lejárraga, y doña María de la O Lejárraga, de Martínez Sierra. La obra literaria de Martínez Sierra es de entrambos esposos» (artículo titulado «Martínez Sierra», en *La revista quincenal*, Madrid, núm. 14, 25 de julio de 1917, págs. 484 y ss).

Análogas afirmaciones hallamos en Alberto Insúa: «Como en aquella ocasión yo le objetara a Martínez Sierra:

»—¿No es todo su teatro en colaboración con su mujer?

»—Sí —me respondió—, pero, aparte de que es una colaboración muy íntima y de que las obras vienen a ser “como nuestros hijos”, de común acuerdo María y yo hemos decidido que ella oculte su nombre por entender que al público le atraen más las obras de un solo autor que las de dos autores». (*Memorias*, II. Madrid, Editorial Tesoro, 1953, págs. 430-31); y en Ricardo Gullón: «Cuando hablo de las obras de Gregorio Martínez Sierra me refiero a las firmadas por él y escritas por su mujer» (*Relaciones...*, pág. 10). Con especial énfasis reivindicó su autoría la propia María de la O Lejárraga en su libro *Gregorio y yo*. México, Biografías Ganesa, 1953, aparecido cuando ya hacía varios años que había muerto Gregorio Martínez Sierra.

Joaquín de Entrambasaguas, que también se ha enfrentado con el problema, llega a las siguientes conclusiones: «...al menos una gran parte de la obra de Martínez Sierra, desde sus comienzos hasta 1917 en que se dedica plenamente a director de escena y se aleja luego de España donde sigue viviendo entonces su mujer [...], ha de atribuirse a ambos, sin discriminar qué puso uno u otro en esa razón literaria, única en la historia, que se llama Martínez Sierra...» «He de atenerme, pues, al deseo de los autores, atribuyendo la aparición de la obra a él,

cuya vida, sin duda alguna, la rigió en todo momento y el valor literario, en la crítica a ese misterioso creador humano que conocemos por Gregorio Martínez Sierra, sin más, a que me referiré en adelante, sin intentar inútiles deslindes, ni afirmaciones ni negaciones respecto a la personalidad del autor, inútiles, al fin, para juzgar su obra» (*Las mejores novelas contemporáneas*, Tomo III (1905-1909). Barcelona, Editorial Planeta, 1958, pág. 563).

El propio Gregorio Martínez Sierra había declarado, en documento notarial, «para todos los efectos legales, que todas mis obras están escritas en colaboración con mi mujer, Doña María de la O Lejárraga y García».

En 1989, Alda Blanco, en su prólogo a la obra *Una mujer por los caminos de España*, original de María de la O Lejárraga, comentará certeramente:

«*Gregorio y yo* (1953) establece, por primera vez, lo que ella llamará su maternidad literaria al subtitular esta obra “medio siglo de colaboración”. También, en la cariñosamente mordaz dedicatoria a su difunto marido, subraya su participación en lo que fue para ella una común labor: “A la Sombra que acaso habrá venido —como tantas veces cuando tenía cuerpo y ojos con que mirar— a inclinarse sobre mi hombro para leer lo que yo iba escribiendo”. *Gregorio y yo* no es un ajuste de cuentas con la Sombra, ni una rectificación de las decisiones que tomó de muy joven y que la mantendrían tantos años en el anonimato. Entre muchas cosas es, más bien, una explicación de las razones por las cuales no firmó su producción literaria». (Alda Blanco, «Introducción» a María Martínez Sierra, *Una mujer por los caminos de España*. Madrid, Castalia, 1989, página 15).

La misma María de la O Lejárraga, en su libro varias veces citado *Gregorio y yo*, decía, a modo de explicación de su anónimo trabajo: «... casada, joven y feliz acometióme ese orgullo de humildad que domina a toda mujer cuando quiere de veras a un hombre». (Ob. cit., página 30).

La historia de esta colaboración es, por tanto y también, así parece deducirse, la historia de un enamoramiento.

Y dejemos ya, así pues, esta cuestión, delicada y difícil, sin preocuparnos más por discriminaciones y personalizaciones muy dificultosas de concretar y que sólo desde otras perspectivas afectan, en definitiva, al estudio y enjuiciamiento de una creación literaria.

Gregorio Martínez Sierra se entrega plenamente a su vocación literaria y, fruto de ella, se suceden, sin apenas pausa, las publicaciones: *Flores de escarcha* (Poemas en prosa, 1900); novelas, como *Almas ausentes* (1900), *Horas de sol* (1901), *Pascua florida* (1903), *Sol de la tarde* (1904), *La humilde verdad* (1904); ensayos y libros de impresiones líricas, como *Hamlet y el cuerpo de Sarah Bernhardt* (1905), *La tristeza del «Quijote»* (s. a.), *La feria de Neuilly, sensaciones frívolas de París* (1906); su tan interesante como representativo *Teatro de ensueño* (1905)⁶...

Entonces, en 1906, escribe las siguientes palabras autobiográficas:

«He nacido en Madrid, tengo veinticinco años. Hace ocho que empecé a escribir. Durante este tiempo, aunque naturalmente he cambiado varias veces de *modo*, el ideal sigue siendo el mismo. Como en la vida no me ha interesado nunca el acontecimiento, no tengo más historia que la que está en mis libros. Estuve a punto de ser filósofo por obra y gracia de la Universidad de Madrid; pero me malogré en la Historia Crítica, sin duda por mi horror a las batallas. Mis amigos íntimos son: las palabras, el aire, la luz, el agua, algunos poetas y mi mujer. Soy absolutamente espiritualista, a pesar de mi amor a la naturaleza. Prefiero las praderas al mar, y los árboles a las praderas. Tengo el orgullo de mis sueños, pero no la vanidad de mis obras. Todos los días me admiro de mi propia felicidad. Me parece muy buena la vida y le tengo miedo a la muerte. El único dinero que me satisface es el que gano a fuerza de lirismo; puesto que el arte nos pide la vida, justo es que nos dé para vivir. Hasta ahora, aunque modestamente, va cumpliendo con su obligación»⁷.

Al propio tiempo el escritor colabora en diversas revistas e incluso interviene decisivamente en la aparición de algunas de ellas: *Electra*, *Vida moderna* (1900), *Helios* (1903), *Renacimiento* (1907)⁸.

El mismo año —1907— en que funda la revista *Renacimiento*, publica su popularísima y representativa novela *Tú eres la paz*, y el libro de versos *La casa de la primavera*, y el relato titulado *Aventura*, y *Aldea ilusoria*...

Martínez Sierra lleva a cabo, pues, una obra no sólo extensa sino diversísima de géneros: novelas, cuentos, poemas, ensayos de muy diferente carácter, artículos

⁶ Sobre *Teatro de ensueño* vid. José Montero Padilla, «Juan Ramón Jiménez, personaje literario», en *Actas del IV Congreso de Literatura Española Contemporánea*, Universidad de Málaga. Barcelona, Anthropos, 1991, págs. 357 y ss.

⁷ En A. González Blanco, *Los Contemporáneos*, 1.^a serie, tomo II, págs. 181 y ss.

⁸ Vid. Domingo Paniagua, *Revistas culturales contemporáneas. I (1897-1912). De «Germinal» a «Prometeo»*. Madrid, Ediciones Punta Europa, 1964, págs. 152-58.

en revistas y periódicos, impresiones de viajes... Y teatro, género este que atraerá al escritor de manera progresiva y absorbente a partir de 1908, y en el que triunfará pronto de manera rotunda. Así, Alberto Insúa, en sus curiosas *Memorias*, al dar testimonio de los autores que triunfaban en la escena española entre los años 1907 y 1913, incluye ya a Gregorio Martínez Sierra. Y éste prosigue su labor creadora. A veces, en un solo año, son varios los libros suyos que aparecen impresos: *El peregrino ilusionado* (1908), de crónicas viajeras; novelas o colecciones de relatos breves como *El agua dormida* (1909), *La selva muda* (1909), *El amor catedrático* (1910), *Todo es uno y lo mismo* —continuación de la novela anterior— (1910), *Pasión lunática* (1911)...; *Granada, guía emocional* (1911), encantadora obra descriptiva y de interpretación de la ciudad andaluza... Y, al mismo tiempo, desarrolla su labor escénica, con comedias como las tituladas *Juventud, divino tesoro*⁹; *Hechizo de amor*, *Torre de marfil*, *Égloga*, *La sombra del padre*, *El ama de la casa*, *El ideal*... estrenadas de 1908 a 1910, y a las que siguen, en 1911, *Canción de cuna* —su más resonante éxito teatral—, *Lirio entre espinas*, *Primavera en otoño*...; *El pobrecito Juan*, *Mamá*, *Madame Pepita*... en 1912; *Madrigal*, *Los pastores*... en 1913; *La mujer del héroe*, *La pasión*, *Los románticos*... en 1914; *Amanecer*, *El reino de Dios*... en 1915; *Para hacerse amar locamente*... en 1916.

También por estos años realiza su teatro lírico, así *La Tirana* (1913), con música de Lleó; y *Margot* (1914), con música de Turina; *Las golondrinas* (1913), con música de Usandizaga; *El amor brujo* (1915), con música de Falla... Esta labor como libretista de Martínez Sierra será enjuiciada elogiosamente, mucho después, por Gerardo Diego:

«En cuanto a la música, baste asociar al nombre de Martínez Sierra los de colaboradores como Usandizaga, Falla y Turina para comprobar el gusto y la eficacia de un libretista, empresario y director escénico. Sea cual fuere el mérito literario o teatral de la letra de *Las golondrinas* o del asunto de la gitanería para Pastora Imperio, titulada *El amor brujo*, lo cierto es que el nombre de Gregorio Martínez Sierra figura en esas obras, universalmente famosas, junto al de los músicos que en la sugestión literaria hallaron cauce para su inspiración»¹⁰.

Esta actividad creadora va unida a otra, de distinto carácter pero relacionada también con el mundo de las letras, y muy fecunda asimismo, al frente de la editorial Renacimiento primero, y de la Biblioteca Estrella después, donde

⁹ Vid. sobre *Juventud, divino tesoro*, José Montero Padilla, «De Leandro Fernández de Moratín a Gregorio Martínez Sierra: un tema y dos comedias», en *Historia y estructura de la obra literaria*. Madrid, C.S.I.C., 1971, págs. 243-51.

¹⁰ Gerardo Diego, «Martínez Sierra y la música», *ABC*, 3 de octubre de 1947.

aparecieron primorosamente impresos algunos de los títulos más significativos de aquel tiempo literario.

La atracción del teatro se hace más absorbente cada vez para Martínez Sierra, y su acercamiento al mundo escénico no se produce tan sólo como autor sino que cristaliza en la empresa de arte dramático que, durante ocho años y en el teatro Eslava, de Madrid, llevó a cabo. Martínez Sierra es ahora empresario, director, aglutinador de toda una serie de esfuerzos y dedicaciones que unificados, regentados por él, dan ocasión a un «teatro de arte» de valor y relieve auténticamente universales. La significación de esta campaña escénica es muy honda en la historia del teatro español de nuestro siglo. No han de extrañar, pues, las alabanzas suscitadas por esta empresa de Martínez Sierra, por esta actividad suya como director teatral. Como la del profesor Entrambasaguas: «...Casi sin medios materiales, con un escenario minúsculo, una maquinaria de tramoya elemental; todo a fuerza de talento y de buen gusto, será eternamente un triunfo en la historia del teatro español, y la mejor labor de Martínez Sierra en este sentido»¹¹. O la del escritor Tomás Borrás: «La página de Eslava es la más honrosa y ejemplar de don Gregorio. [...] Jamás se hizo ni se ha hecho luego, nada superior a lo que don Gregorio logró con una compañía de actores y otra de artistas plásticos que creían en él»¹². También un director escénico como Juan Guerrero Zamora ha reiterado el elogio de esta actividad de Martínez Sierra, afirmando que fue «tan firmemente renovadora en el orden escenográfico como generosa en lo que atañe al repertorio»¹³.

De 1917 a 1925 se extiende la campaña en Eslava. En ella alcanza impar relieve la actriz Catalina Bárcena. Tomás Borrás afirmará sobre ésta: «Catalina fue la mitad del “Teatro de arte” de Eslava, la mitad de la inspiración del dramaturgo —de Martínez Sierra—, la cuidadora del hombre delicado —de Gregorio—»¹⁴. El éxito, extraordinario, se prolonga más allá de las fronteras españolas, y Martínez Sierra, con su compañía teatral, viaja a diversos países de Europa —Francia, Bélgica, Suiza, Alemania, Inglaterra...—, y de América después: Argentina, Uruguay, Chile, Perú, Venezuela, Cuba, Costa Rica, Brasil, Estados Unidos... Siete años dura esta peregrinación artística, y, con ella, el triunfo de los días de Eslava se hace cosmopolita, internacional.

Y, después, una vez terminada la larga gira artística, Hollywood. Aquí, un arte joven aún, el Cinematógrafo, ofrece al escritor sus nuevas y peculiares posibilidades de expresión. Otros hombres de letras españoles que coinciden en

¹¹ Joaquín de Entrambasaguas, ob. cit., pág. 554.

¹² Tomás Borrás, *En Madrid, patria de todos*. Madrid, Editorial Cultura Clásica y Moderna, 1964, pág. 190.

¹³ Juan Guerrero Zamora, *Historia del teatro español contemporáneo*. Barcelona, Juan Flors, 1961.

¹⁴ Tomás Borrás, ob. cit., pág. 194. Vid., asimismo, Carlos Reyero Hermosilla, *Gregorio Martínez Sierra y su Teatro de Arte*. Madrid, Fundación Juan March, 1980.

la entonces llamada *Meca* del Séptimo Arte, son Enrique Jardiel Poncela, Edgar Neville, *Tono*, José López Rubio...

Martínez Sierra adapta ahora a la forma de guión cinematográfico los argumentos de varias de sus comedias estrenadas anteriormente, y una vez más encuentra la intérprete ideal de sus personajes femeninos en Catalina Bárcena, en este caso en la realización cinematográfica de sus obras.

En 1935 —varios años ya fuera de España— la nostalgia de la tierra propia y la fatiga engendrada por un quehacer sin pausa determinan a Martínez Sierra a regresar a España, junto con Catalina Bárcena. En este deseo de retorno también alientan ilusiones y proyectos nuevos. Y hay uno muy concreto, la dirección por Martínez Sierra de la adaptación cinematográfica de una de sus obras más famosas, *Canción de cuna*. Ello se aplaza por el comienzo de la guerra civil española. Martínez Sierra se aleja nuevamente de España, rumbo a la Argentina, donde alternará su trabajo como director teatral y en el cinematógrafo, con los proyectos de nuevas creaciones escénicas: *Los hombres las prefieren viudas*, *Sortilegio*...

Así llega 1947. Martínez Sierra se siente muy fatigado, física y anímicamente, y la añoranza del suelo patrio se le hace irreprimible, acaso con melancólico presentimiento de que pronto ha de reposar de manera definitiva en él. El escritor regresa a España, pero ya sólo para morir en ella. El viaje, en avión, lo hace con Catalina Bárcena, la compañera de tantas horas. Un puntual, minucioso relato de su llegada a Madrid, el 16 de septiembre, aparece en el extenso reportaje publicado ese mismo día en las páginas del diario *Madrid*:

«Esta mañana, a las nueve en punto, llegó a Barajas el avión en que desde Buenos Aires venían a España Catalina y Gregorio Martínez Sierra, nombres próceres en la escena nacional. En el aeropuerto esperaban a los ilustres viajeros la hija, Catalina Martínez Sierra; la hermana del escritor, doña Josefina; el Consejero-delegado de la Sociedad de Autores, don Ángel Torres del Álamo, y el Secretario General de la Entidad, don Franciscô Lizárraga; el actor Salvador Soler Mari y algunos otros amigos de Catalina y Gregorio Martínez Sierra.

Ya en tierra el avión y abierta la portezuela, apareció en ésta Catalina Bárcena con una profundísima emoción de alegría en los ojos. Descendió y abrazó a su hija. Después a Ángel Torres del Álamo. La mirada de la actriz iba gozosamente hacia cuanto estaba a su alrededor. Todo le merecía un comentario de ilusión y de júbilo: las instalaciones del aeropuerto, el jardín, el cielo, el aire diáfano...

Mientras la actriz era saludada por los amigos, la hija subió al avión, donde Gregorio Martínez Sierra estaba aún, para que —convaleciente todavía— le fuese menos intensa la emoción de pisar de nuevo tierra española, tras una ausencia de once años. El actor y la

hija se abrazaron largamente, y poco después descendían ambos del avión. Gregorio Martínez Sierra iba del brazo de la muchacha y estaba intensamente pálido, vio en seguida a Ángel Torres del Álamo, y le saludó con dos palabras que hace años, en el viejo tiempo —glorioso para la vida teatral— de las temporadas de Eslava, se decían a diario ambos amigos: «¿Qué pasa?» Un «¿qué pasa?» que Martínez Sierra decía ahora, como entonces, con un acento muy madrileño, mitad grave y mitad zumbón.

La actriz y el escritor, alegres, inquietos, nerviosos no acertaban a dominar su gozo por encontrarse en España. «Es la tierra mejor del mundo», decían él y ella. Una gran emoción les dominaba. Mientras Catalina Bárcena se dirigía a las oficinas del aeropuerto para formalizar los trámites de la llegada, Gregorio Martínez Sierra fue al restaurante del aeropuerto con los amigos que habían acudido a esperarle.

Desayunó allí, y leyó los diarios madrileños de la llegada [*sic* —¿mañana?], y pocos minutos después su palidez de antes había desaparecido y el escritor era un hombre distinto, magnífico de color y de espíritu, que no cesaba de expresar su alegría por verse en España y que preguntaba incansablemente por todas las cosas nuestras.

—Este cielo es único... —decía—. Me parece mentira... Ya estamos en Madrid, con este sol, con este aire...

Junto a él de nuevo Catalina Bárcena, no cesaban ambos de comunicarse recíprocamente su entusiasmo. Los amigos les preguntaban impresiones, recuerdos, proyectos. Pero la actriz y el escritor, absortos por la emoción de verse en tierra española, volvían en seguida a expresar su júbilo, y eran ellos, a la inversa, quienes preguntaban ávidamente cosas de España.

—Sí. Venimos a trabajar... tenemos la ilusión de trabajar... ¿Te das cuenta, Catalina? ¡Estamos en Madrid!... Decidme: ¿Cómo está el teatro? ¿Y el público? ¿Cuáles son sus gustos ahora?... Y este sol, este sol... Podéis asegurarlo: todos, todos los autores que viven allí están deseando volver... Sienten el tirón de España con más fuerza cada día. ¿Has visto aquellas rosas, Catalina?... Madrid, Madrid...

Después, Catalina Bárcena, con los señores Torres del Álamo y Lizárraga en un coche, y Gregorio Martínez Sierra, con su hija y su hermana, en otro, se dirigieron a la ciudad. Durante el trayecto no cesaron de manifestar su alegría ante los mil pequeños detalles del camino: la animación de las gentes, los balcones con flores, los pregones de la calle.

A las once de la mañana llegaron a la casa de la hermana del escritor, en la calle de Lista. Gregorio Martínez Sierra, fatigado por el largo viaje, emprendido aún en la convalecencia, se retiró a descansar. Siente la impaciencia de hablar con los amigos, de recorrer Madrid;

pero le es aconsejable antes de ello un cierto reposo. “He sentido —ha dicho— que mi salud no me haya permitido gozar de este viaje maravilloso hacia España, como hubiera querido. Medía minuto a minuto la emoción de acercarme...”

Ya en la casa, mientras descansaba el insigne comediógrafo, Catalina Bárcena, ante un redactor de *Madrid*, ha hablado rápida y nerviosamente del viaje y de la llegada a España. Su ánimo, su optimismo y su fe son magníficos.

—Dios completará el milagro que ya ha hecho con la salud de Gregorio... Nos sentimos felices, completamente felices al vernos de nuevo aquí. La felicidad empezó en cuanto subimos al avión en Buenos Aires. Y eso que la emoción de estos días ha sido fortísima. ¡Cuántos españoles están deseando verse aquí de nuevo! Allí, en el aeropuerto argentino, nos despidieron los amigos. Hombres fuertes, hechos a la lucha de la vida, casi tenían lágrimas en los ojos al saber que veníamos a España. Al subir al avión —español, claro— nos parecía que estábamos pisando ya tierra de España. Los pilotos, los empleados ¡con qué gentileza, con qué afectuosidad sencilla y honda, a la española, se desvivían por atendernos! Y ya desde entonces todo ha sido como un deslumbramiento. Hasta la alegría de esas casas humildes a la entrada de Madrid... No sé lo que me pasa: río y lloro al mismo tiempo y siento, como Gregorio, una felicidad que apenas puedo decir al verme en España otra vez... Y ahora, en cuanto él se reponga, a vivir, a trabajar, a la vida de siempre, y con la inmensa alegría de que estamos en España, que es, amigo mío, una tierra única...»¹⁵

A trabajar, a vivir... estos deseos no se harían ya realidad. Martínez Sierra había venido a morir en España. El fallecimiento se produjo pocos días después, el 1 de octubre, en su casa de la calle de Lista, número 43, a la una y media de la tarde, después de recibir los auxilios espirituales, que le administró un sacerdote de la cercana parroquia del Pilar. El entierro se verificó a las cinco de la tarde del día siguiente y el féretro con los restos del escritor fue llevado al madrileño cementerio de San Isidro, donde hoy yacen.

¿Cómo era el escritor en su traza física, en su aspecto externo? Uno de sus más fervorosos amigos, Tomás Borrás, lo ha descrito de modo admirable en dos distintos retratos. En el primero —lo titula *El ratón*—, dice:

«Es un ratoncito menudo, nervioso. En la cabeza clarea el pelo y deja descubierta una cúpula de frontal más abombada de lo que co-

¹⁵ Reportaje publicado en el diario *Madrid* del 16 de septiembre de 1947. Se debe a José Montero Alonso, aunque la firma no aparezca.

responde a la longura del rostro (Pensamiento). Cuando sonrío enseña dientes fuertes, completos (Energía). Al hacer un cigarrillo saca la petaca con parsimonia, extrae el papel, añade tabaco, le cuida, distribuye con igualdad y le engoma y enciende con precaución (Meticuloso, amigo del orden y de lo bien hecho). Los trajes que usa son impecables, las camisas selectas (Elegancia, gusto). Nunca grita, persuade siempre; si no puede rebasar un obstáculo se vuelve tranquilamente y da un larguísimo rodeo (pedía Gracián, para los hombres artistas, "Un punto de negociante")»¹⁶.

Y en el segundo —denominado, simplemente, *Gregorio*—:

«Era pequeño, menudo. Su delgadez, delicada y suave; pues el que no pesa ni desahoga músculos en los movimientos, el que parece siempre cansado, como Gregorio, acciona tácito, temeroso de herir los objetos, tiene andar en pausa que indica cautela, voz suatoria de despertar al ser querido sin sobresaltarle. No. Nunca vimos iracundo a Gregorio, jamás rebotaron alrededor de su aura de dulzura vociferaciones ni acento fuera de sí. Todo él era medida y afabilidad.

Aquel cuerpecito, en su facción más noble se endurecía de volumen y de dibujo; así, algunos maestros bosquejan la traza de la figura total con indicaciones, y se detienen y esmeran en perfeccionar lo más expresivo: el rostro, la cabeza. En Gregorio, la frente era de molde de bóveda, curvada y anchurosa, desnuda, bañada de luz; sus ojos, tan vivarachos que siempre pesquisaban en movimiento, negros, intensísimos, abiertos de par en par, grandes. El resto del modelado disminuía hacia el mentón, puntiagudo, achicado; en la boca, sonrisa entre sarcástica y melancólica.

Por eso no daba impresión de timidez, sino de soportar ese drama de algunos hombres que es la no correspondencia de la endeblez del cuerpo con la dimensión del alma, Gregorio (se sabía, al contemplarle), que cargaba un voltaje de vida superior al expresado por su apariencia. Y si impresionaba por su debilidad, admiraba el haberla superado con voluntad cotidianamente heroica»¹⁷.

En cuanto a sus aficiones y gustos cotidianos, también se halla abundante información:

«Respecto a sus costumbres, era de una sencillez extremada. Comía y bebía poco, pero le gustaba la calidad. Igualmente le sucedía en el

¹⁶ Tomás Borrás, ob. cit., pág. 187.

¹⁷ *Ibidem*, pág. 188.

vestir: sus trajes eran serios, pero caros y de buen gusto. Su diversión favorita era la de coleccionar joyas antiguas, por las que sentía verdadera fascinación. Poseía una colección de marfil chino de gran valor. Otra de sus grandes aficiones era la música, que le gustaba escuchar por las mañanas en la cama, mientras leía algún libro. Esto le satisfacía ampliamente durante el verano, descansando en su casa de Marruecos, donde tenía una importante colección de discos»¹⁸.

El elogio de las cualidades humanas, del hombre —índole, carácter, maneras...— se reitera una y otra vez por parte de quienes le conocieron y trataron. Véase seguidamente dos testimonios al respecto. El primero de Alberto Insúa, quien en sus *Memorias* afirma de Martínez Sierra:

«Mis relaciones con él —con el escritor, con el editor, con el director y empresario teatral— fueron siempre cordiales. Era un gran artista y un alma generosa. No poco y bueno me queda por decir de él»¹⁹.

Especial interés alcanza el segundo testimonio, ya que se debe a persona de difícil y exigente carácter como Juan Ramón Jiménez, a quien corresponden las palabras siguientes, pertenecientes a unas proyectadas anotaciones biográficas:

«Generoso siempre, amigo modelo,
buena persona.

A pesar de mi alejamiento,
siempre respondió a todo.

Agradecimiento»²⁰.

Para cerrar este breve itinerario y serie de anotaciones —apuntes para una futura biografía— sobre la personalidad humana y literaria de Martínez Sierra, será de interés reproducir unas palabras suyas, autobiográficas, que equivalen a todo un proyecto de vida y definen un carácter:

«Vivir con seriedad, soñar con toda exaltación, trabajar con todo encarnizamiento, y darle gracias a la buena suerte por el puñado de rosas que de cuando en cuando me deja caer sobre las cuartillas»²¹.

¹⁸ A. Goldsborough, *Imagen humana y literaria...*, pág. 35.

¹⁹ Alberto Insúa, *Memorias...*, pág. 309.

²⁰ Citado por Ricardo Gullón, *Relaciones amistosas y literarias...*, pág. 39.

²¹ Citado por Entrambasaguas, ob. cit., pág. 560.